

Enrique Molina

Recuerdos y elogios de Maximiliano Salas Marchán

Discurso pronunciado en el homenaje rendido al ilustre educador mencionado en un acto que se llevó a cabo en el Aula Magna de la Universidad Federico Santa María, el 15 de septiembre último, con motivo de haber cumplido cincuenta y dos años de actividad en la enseñanza.



ME siento muy honrado y agradecido de que se me haya invitado a hacer uso de la palabra en este tan justo homenaje que se rinde a mi querido amigo don Maximiliano Salas Marchán y voy a hacerlo con el mayor agrado tratando también de corresponder de la mejor manera posible al aspecto íntimo que, según el programa, se ha querido que prefiera.

La fundación del Instituto Pedagógico en 1889 ha sido uno de los hechos de mayor trascendencia en la historia educacional de nuestro país. Puede figurar entre sus grandes jalones, como la fundación de la Universidad de Chile en 1842 y la dictación de la Ley

de Instrucción Primaria Obligatoria en 1920. No cabe considerar en estos momentos hechos también muy importantes de este orden debidos a la iniciativa particular como la creación de esta magnífica Universidad «Santa María» y la Universidad de Concepción. Fué el Instituto Pedagógico el primero en su género creado en la América Hispana y su finalidad, como se sabe, ha sido la formación de profesores de educación secundaria. O sea, quería hacer del magisterio una consagración vocacional y poner término a los profesores aficionados que hasta entonces habían actuado en los liceos, afirmación esta última que no significa negar que entre esos aficionados hubiera muchos hombres eminentes.

El cetro del prestigio científico y pedagógico en el mundo lo tenía por esos años Alemania y, para que se hicieran cargo de las cátedras del nuevo establecimiento, se trajeron de ese país profesores de nombradía como Federico Hansen, Rodolfo Lenz, Federico Johw, Juan Steffens, Jorge Enrique Schneider y otros. Durante los años del primer curso no hubo más que dos profesores chilenos que fueron don Domingo Amunátegui Solar y don Enrique Nercasseaux Irán.

El flamante Instituto abrió por primera vez sus puertas en agosto del año mencionado en una vieja casona de la llamada hasta hace poco Alameda de las Delicias, situada entre las calles de San Ignacio y Lord Cochrane, que por aquel tiempo llevaba el nombre de Duarte y más cerca de esta última. La casona era de

dos pisos hacia la Alameda y con balcón corrido, como se ven todavía en los campos y en muchos pueblos pequeños del sur. Tenía tres patios empedrados, fuera del patio de la cocina, y con corredores por algunos de sus costados. El edificio era grande como que poseía capacidad para las oficinas, para todas las clases del Instituto y para el internado que funcionó durante el primer curso.

¡Qué conglomerado más pintoresco formó este primer curso y qué internado más original lo albergó! Eramos unos treinta internos y había además por todos o tres externos. Los internos vivíamos con la libertad de que se disfruta en una casa de pensión. Podíamos salir y entrar a toda hora del día sin más limitación que la de recogernos a las seis de la tarde, limitación muy fácil de transgredir con una pequeña propina al portero que nunca pasaba de un peso. A tan poco costo se gozaba de la libertad de ir al teatro y hasta la de llegar a altas horas de la noche. La comida era generalmente buena, lo cual no obstaba a que, como buenos estudiantes, con frecuencia protestáramos de ella. Y todo esto ocurría siendo que además de educación, casa y comida gratis, nos daban en las vacaciones pasajes de primera clase en trenes y vapores de ida y vuelta a nuestras casas, y veinticinco pesos mensuales para el bolsillo, veinticinco pesos de más de veinte peniques que bien equivaldrían a quinientos de los actuales.

Todas estas facilidades opulentas se establecieron

para atraer alumnos al nuevo plantel porque se dudó de que los hubiera. Así se juntó el número que ya hemos indicado que, aunque pequeño, formó una población estudiantil bastante abigarrada y heterogénea. Había jóvenes que no habíamos cumplido los veinte años, entre los cuales figuraba Maximiliano Salas, y otros que habían corrido largamente la vida y bordeaban la treintena o pasaban de ella. Algunos habían ensayado sus capacidades con mal resultado en otras carreras universitarias. Hubo quien abandonó la administración de un hotel que tenía a su cargo en la frontera; otro rescindió un contrato que celebrara en Llanquihue o Chiloé para entregar cierta cantidad de rajas de leña; otro salió de los socavones de una mina del norte.

Maximiliano Salas no fué de los que entraron al Pedagógico buscando en él una áncora de salvación para sus existencias semi fracasadas ni tampoco era estudiante de Derecho, como había algunos, que vieron en un principio en el profesorado una buena ayuda económica al lado del ejercicio de la abogacía o un seguro resguardo par los tiempos difíciles del noviciado forense.

Salas figuró entre los que, sin lastres de otra índole, sin desviaciones espirituales extrañas, ingresaron para dedicarse puramente, plenamente al magisterio. Salas no fué de los que, como hay en toda colectividad, tratan de llamar la atención de los demás, sea haciendo alarde de inteligencia, gastando arrestos de altanería o buscando ejercer predominio. Tampoco se contó entre

los que algunas noches nos reuníamos a jugar veintiuna o siete y medio y tomábamos ponche en leche que teníamos cuidado de preparar con bastante sigilo. No debemos dejar de agregar que jamás incurrimos en excesos con motivo de estas travesuras juveniles y que el Pedagógico fué para nosotros, que veníamos de los tan desordenados liceos de entonces, escuela de disciplina y de trabajo.

Salas pertenecía ya a los que encuentran en el cumplimiento de su deber una satisfacción completa. Nosotros le estimábamos por la bondad y rectitud de su carácter, por la sensibilidad de su alma y por su espíritu comprensivo. Pero él vivía en una especie de ansia de saber que no lo ha abandonado nunca. Naturalmente los estudios relacionados con las asignaturas de su curso de Castellano lo atraían de preferencia y hubo un escritor cuya lectura lo absorbió por mucho tiempo. Este fué don Manuel de Revilla, literato y escritor español, autor de una Historia de la Literatura Castellana y de un tratado de Literatura Preceptiva, que gozó de gran nombradía en los últimos decenios del siglo pasado. El entusiasmo de nuestro amigo por este autor y su dedicación a él fueron tan grandes que, con el espíritu zumbón, propio de los ambientes estudiantiles, dimos en llamarlo a él mismo «Manuel de Revilla» o, simplemente, «Revilla».

Llegó el momento de la graduación del primer curso lo que tuvo lugar a fines de 1892 y a principios de 1893 salimos los primeros profesores titulados a di-

fundir por los liceos de la República el evangelio de la nueva educación. Uno de nosotros, Luis Torres Pinto, tuvo la suerte de iniciar su carrera con el cargo de Rector del Liceo de Chillán y con él nos fuimos a desempeñar clases en el mismo Liceo, Maximiliano Salas, Enrique Sepúlveda Campos, Gregorio Bravo y el que habla. Dos años más tarde llegó Alejandro Venegas, que había empezado trabajando en el Liceo de Valdivia y que por sus obras «Cartas a don Pedro Montt» y «Sinceridad» en que campea el más generoso apostolado social debe figurar al lado de Salas entre las figuras más egregias de los egresados del Instituto Pedagógico. De esta suerte el Liceo de Chillán contó con un mayor número de profesores titulados que cualquiera otro del país y gozó por aquellos años de bien merecido prestigio. Aunque Salas permaneció sólo un año en Chillán contribuyó mucho a este buen nombre por las condiciones que se revelaron en él de profesor talentoso y amante de su misión educadora. Sus compañeros pudimos además continuar estimando las bellas cualidades de su carácter y gozando de ellas. Su dedicación al estudio y a la lectura seguían siendo las aficiones predominantes de nuestro amigo, lo que significaba ahora más mérito que en los tiempos del internado en el Instituto Pedagógico porque nos rodeaban más tentaciones que entonces. En Chillán nuestra llegada no había pasado desapercibida. Al fin y al cabo formábamos un grupo de seis jóvenes venidos de fuera y solteros. Se nos llamó «los concéntricos» del nombre

del nuevo sistema y método que veníamos a aplicar en la enseñanza secundaria.

Salas cooperó, junto con los demás «concéntricos» a la fundación de una nueva compañía de bomberos, la «Cuarta», que proyectaban por entonces los jóvenes de Chillán. Por su espíritu de servicio y su carácter abnegado nuestro amigo poseía las condiciones fundamentales del bombero, como ha probado después tener las del rotario, pero su resistencia a presentarse enfundado en un vistoso uniforme y en los espectaculares ejercicios bomberiles enfriaba muy a menudo su entusiasmo.

En aquel tiempo se comía mucho más temprano que actualmente. Teníamos nosotros pensión en un hotel situado en una esquina de la plaza principal y era un encanto en las noches tibias y perfumadas de primavera pasar después de comida a la plaza a escuchar la música de una banda militar y a juntarnos con las niñas que concurrían al paseo o a contemplarlas, cuando no lográbamos más. Pues bien, Salas frecuentemente no nos acompañaba a participar en este sencillo y delicioso esparcimiento y se iba a su pieza en busca de sus autores favoritos, entre los cuales figuraron más de una vez, — lo recuerdo muy bien, — los dramaturgos griegos. Nosotros discutíamos con él; pero nada. No lo convencíamos, nos dejaba y se iba. Lo que no quiere decir tampoco que Salas fuera insensible a los llamados que la vida hace naturalmente a un corazón de veinte años, pues no dejó de pasar también por las dulzuras y tormentos que ocasiona el dios ciego. Y no

creo ser indiscreto con esta ligera insinuación por más que hoy, junto con el merecido homenaje que le rendimos, celebramos las bodas de oro de nuestro amigo.

Al cabo del año pasó Salas de Chillán al Liceo de Aplicación de Santiago, al Liceo de San Felipe y luego fué nombrado Rector del de los Andes. De todos esos puntos nos llegaban las noticias de su actividad y dedicación ejemplares y de sus inteligentes iniciativas. Más tarde se le confió la dirección de la Escuela Normal J. Abelardo Núñez y aquí encontró Salas un campo más amplio para el despliegue de sus dotes de apóstol de la educación. El renombre y prestigio de nuestro amigo como maestro de raras y señeras condiciones se fué extendiendo ya firmemente por todo el país.

En 1918 y 1919 nos encontramos en California y en Nueva York y es difícil que los Estados Unidos hayan tenido un visitante más buscador de informaciones, y, a la vez, más agradecido y más optimista. Fruto de los estudios efectuados en la gran República es su libro «Tendencias de la educación norteamericana», obra escrita con honradez, con suficiente acopio de datos y llena de la más sana e inspiradora doctrina.

Actuamos todavía juntos en un Congreso Panamericano de Educación que se celebró en Montevideo en 1925 y en la breve Superintendencia de la Educación Nacional, que funcionó en 1927, donde Salas tuvo a su cargo la dirección de la enseñanza pedagógica.

Rendir homenaje a los hombres de bien que por su

bondad y sus méritos sobrepasan los límites ordinarios de las virtudes humanas constituye ciertamente un elemental acto de justicia, pero se me figura además como si nosotros, los que lo rendimos en este caso, hubiéramos querido detener por un momento el correr de nuestras vidas azarosas e inciertas para ofrecer a nuestras almas el regalo de la contemplación de un hermoso cuadro de belleza moral, reconfortarlas así, y hacer del homenaje que ofrecemos un lauro colocado idealmente en la frente de quien lo recibe, lauro en que se entrecruzan los afectos y el reconocimiento de los valores del espíritu.

Se ve, por lo dicho, que estos actos benefician en toda circunstancia a la colectividad misma que por medio de ellos entona sus fuerzas espirituales y morales. Hay todavía un aspecto de nuestra época que los hace particularmente convenientes. En nuestro mundo actual, atormentado y esperanzado a la vez, rico de bienes materiales que no sabe bien distribuir bien y pobre de creencias, normas y seguridades que den tranquilidad al alma, se ha afianzado, después del triunfo de las naciones unidas, la fe en la democracia. Seguramente los historiadores del porvenir bautizarán a nuestro tiempo como la era de la democracia universal. La democracia es sin duda el menos defectuoso de los gobiernos ideados por el hombre, pero, a su sombra, amenazan a la sociedad peligros que es menester evitar. Veo uno de ellos en la preterición de esos valores fundamentales que son el sentimiento de responsabilidad

individual, la iniciativa individual y el cultivo de la personalidad, descuidados por el predominio exclusivo de los movimientos sociales en que el individuo no es más que una partícula insignificante de una masa que avanza a la conquista del porvenir por el peso del número. Vengan en buena hora todas las reivindicaciones justas, pero que ellas no ahoguen el tesoro espiritual, lo máspreciado de nuestra vida, que no tiene otro huerto donde florecer que los senos del alma humana.

En este sentido rendir un homenaje de reconocimiento a Maximiliano Salas Marchán es avanzar por la senda de las buenas orientaciones sociales. Pocos como él han hecho de su existencia un camino de constante perfección. A su ansia de saber, manifestada desde sus primeros tiempos de estudiante, se ha sumado en su evolución posterior un noble anhelo de servir. Y éste lo satisface en la forma más espontánea y sencilla, con la naturalidad de las flores para dar su perfume, sin alardes, sin gastar actitudes ni términos despectivos para con nadie, siendo amable hasta para censurar, no discutiendo jamás con violencia y procediendo siempre como si llevara en su corazón un numen profundamente humano que le diera el aura en que se mueve. De mí sé decir que no ha habido momento significativo de mi vida, propicio o adverso, alegre o doloroso, en que no haya sentido a mi lado el espíritu selecto de Maximiliano Salas expresado en términos cordiales, comprensivos y afectuosos. Y así

es con todos sus amigos y con todas las instituciones que sirve. Ignoro quién entre los egresados del Instituto Pedagógico haya cumplido mejor que él con la finalidad de hacer de su vida una consagración al magisterio, entendiéndola a la vez acompañada de la más fecunda y hermosa acción social.

Nuestra cultura puede enorgullecerse de presentar personalidades ejemplares como Maximiliano Salas. Es un paradigma de maestros en Chile y en América. Y lo es también como hombre. Parece que las palabras en que el Evangelio habla de amor y de paz hubieran sido escritas para hacer pensar en él o para que fueran pronunciadas por él. Parece que él hubiera querido hacer de sí mismo el modelo de hombre que se necesita para que sea una realidad la paz ideal con que la humanidad sueña.